

Eli Brown

ENTRE PÓLVORA Y CANELA

Traducción del inglés de
Patricia Antón de Vez



Título original: *Cinnamon and Gunpowder*

Ilustración de la cubierta: Mark Stutzman
Diseño de la ilustración de Jennifer Carrow

Copyright © Eli Brown, 2013

Publicado por acuerdo con Farrar, Straus and Giroux, LLC, New York

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-806-0
Depósito legal: B-12.192-2017

1ª edición, julio de 2017
Printed in Spain

Impreso y encuadernado en:
RODESA - Pol. Ind. San Miguel. Villatuerta (Navarra)

*A Davon, que me rescató
y me hizo espabilar*

Abofetearía al sol, si me insultara.

CAPITÁN AHAB, Herman Melville, *Moby Dick*

1

Invitados a cenar

En el que me secuestran los piratas

Miércoles 18 de agosto de 1819

No tengo nada de valiente. Manchado de sangre, rodeado de enemigos y obligado a emprender un viaje sombrío cuyo destino final no puedo siquiera imaginar: no soy valiente.

El cabo de una vela proyecta una luz vacilante en mi húmeda celda. Me han permitido tener un cuaderno y una pluma, pero sólo después de que insistiera en que para la tarea que se me avecina es crucial anotar y calcular medidas.

No tengo intención de cooperar mucho tiempo; de hecho, confío en urdir pronto un plan para escapar. Entretanto, me refugio en estas páginas en blanco, donde tomo buena nota de la fisonomía de mis captores y dejo constancia de sus atrocidades para poder dar cuenta de ellas ante la justicia, pero sobre todo para mantener la cabeza bien clara, ya que sólo gracias a la misericordia de Dios lo que he visto y soportado no me ha hecho enloquecer.

Dormir resulta imposible: las olas me revuelven el estómago y me siento como si el corazón quisiera salirse por la boca. La ansiedad me provoca unas ganas tremendas de orinar, pero mi orinal amenaza con derramarse con cada bandazo de este maldito barco. Para lavarme utilizo un paño de cocina sucio, el mismo que llevaba encima cuando me secuestraron tan cruelmente hace sólo unos días.

Ver cómo mi patrón, el caballero más recto y honesto que Inglaterra ha engendrado, moría brutalmente asesinado y sin poder defen-

derse, a manos de los mismísimos criminales a los que con tanto ahínco trataba de echar de este mundo, supuso una impresión tremenda para mí, casi insoportable. Incluso ahora me tiembla la mano al recordarlo, esta mano capaz de levantar un caldero sin esfuerzo.

Sin embargo, debo dejar constancia de todo lo ocurrido mientras mis recuerdos conserven la frescura, porque no tengo la certeza de que se le haya perdonado la vida a algún otro testigo. Mi propia supervivencia no se debe a la misericordia, sino a los retorcidos caprichos de esa bestia que capitanea el barco y a quien llaman Mabbot.

Sucedió como sigue.

Yo había acompañado a lord Ramsey, que Dios se apiade de su alma, a Eastbourne, la pintoresca residencia de verano de su amigo y colega, el señor Percy, en la costa. Allí nos encontramos con lord Maraday, el señor Kindell y sus respectivas esposas. No era un viaje cualquiera, puesto que esos cuatro hombres representaban los intereses más influyentes de la Compañía Mercantil Pendleton.

Yo llevaba ya ocho años al servicio de milord y él tenía la costumbre de llevarme consigo en sus viajes, ya que, según decía: «¿Por qué padecer el suplicio de las vituallas más abyectas en el otoño de mi vida cuando te tengo a ti?» Lo cierto es que yo había tenido el honor de conocer a damas y caballeros de muy alto rango y cocinar para ellos, así como de ver las fincas más elegantes de la campiña. Mientras fui su empleado, mi reputación creció, y los generales y las duquesas brindaban por mí en toda Inglaterra. Era una suerte que milord rara vez viajara al extranjero y que, cuando lo hacía, me permitiera quedarme en Londres, respetando mi considerable averción a los vaivenes de los barcos.

Aquel viaje en particular me provocaba la mayor inquietud, no sólo por la importancia de los invitados, sino también porque, según se decía, la casa solariega del señor Percy era bastante rústica, no había modo de saber con qué equipamiento contaba y tenía un horno antiguo sin fuelles ni ventilación propiamente dichos. Por mucho que lo intenté, no conseguí información fidedigna sobre cuál sería el estado de la despensa a mi llegada. Por esa razón, me abastecí de unos cuantos patos y codornices y un pequeño pero ruidoso cordero, así como de cajas de hierbas y especias, varios quesos apilados y mis mejores varillas batidoras y cuchillos. Lord Ramsey decía, en broma, que había metido la cocina entera en el equipaje. Pero yo veía en su expresión que mi

diligencia lo satisfacía. Su fe en mí era como una cataplasma para mis nervios. Como de costumbre, me había pasado la noche en vela de pura preocupación. El modesto tamaño de la casa me impedía llevar conmigo a mis eficaces ayudantes; un golpe de suerte para ellos, ya que ahora se encuentran a salvo en Londres. Tuve que resignarme a confiar en el personal de servicio que pudieran llevar los otros invitados.

Eastbourne me pareció tan bonito como me habían contado, con potrillos que retozaban en los prados y unos bosques que prometían encuentros deliciosos sobre un colchón de musgo. La casa gozaba de vistas sensacionales del canal: una cinta azul celeste bordada de velas y con un arco triunfal de nubes. Resultó que tanto la cocina como las criadas eran perfectamente válidas. Aunque siempre preferiré mi cocina en la residencia de milord en Londres —organizada como la tengo hasta el último palmo, desde la altura de la mesa de amasar hasta la colección de especias, catalogadas tanto por la frecuencia de uso como por orden alfabético—, me producía cierto placer ungrir de aromas una cocina nueva.

Con enorme entusiasmo supervisé la descarga y la distribución de mis provisiones y encargué a una criada que encendiera el horno para preparar una comida de cuatro platos. Pese a mi ansiedad, me apetecía mucho pasar esa semana lejos del ruido y el bullicio de Londres, y tenía planeado salir a la mañana siguiente, bien temprano, a dar un paseo para saborear las flores silvestres y el aire selvático.

Qué ingenuidad la mía. Cuando Ramsey levantó su copa para proponer un brindis, unos huéspedes inesperados avanzaban ya por el jardín.

Se había servido un consomé de carne a la albahaca, con su pátina tornasolada de aceites delicados que temblaban en la superficie y un sabor que transportaba la lengua a las mismísimas colinas bañadas de sol donde las reses mugían y sacudían sus pesadas cabezas. El consomé recibió grandes elogios (la cocina estaba tan cerca del comedor, con sólo una puerta de separación, que podía oír cada risita y cada susurro de satisfacción). Yo acababa de disponer el pato en la fuente. El horno de ladrillo había sobrepasado todas mis expectativas y el glaseado de cereza fluía como bronce fundido sobre el ave para verterse en un crisol de peras asadas. Los criados se disponían a llevar la bandeja a la mesa cuando un ruido espantoso procedente del vestíbulo nos detuvo en seco.

Abrí la puerta de la cocina sólo lo suficiente para asomarme al comedor. Los demás se agolparon en torno a mí para ver lo que ocurría. Sin duda, ofrecíamos una imagen cómica, con tantas cabezas que se asomaban por una puerta como en la apoteosis de un espectáculo de marionetas.

Desde allí, veíamos lo que quedaba de la puerta de entrada. El fogonazo del disparo había dejado un agujero humeante en la cerradura. Un segundo después, la puerta se abrió de una patada para dar paso a un hombre gigantesco a quien yo llegaría a conocer como el señor Apples.

Soy incapaz de expresar la impresión que me produjo ser testigo de aquella irrupción, de modo que me limitaré a ofrecer descripciones de naturaleza visual.

Al señor Apples podría haberlo dibujado un crío especialmente violento. Tiene un torso tremendo, pero coronado por una cabeza diminuta cubierta con un gorro de lana con orejeras. De hombro a hombro mide, con toda seguridad, más de una yarda. Sus brazos son como los de un gorila y acaban en unas manos tan grandes como para esconder una sartén.

Paseó la vista por la habitación y, al comprobar que no había resistencia inmediata, se hizo a un lado para dejar paso a los demás. Lo seguían no uno, sino dos chinos vestidos de seda negra, idénticos entre sí, tanto por sus rostros como por su atuendo; entraron con las manos a la espalda y con espadas que les colgaban del cinto. Uno de ellos llevaba la larga trenza en torno al cuello, como una bufanda. Ambos ocuparon sus puestos flanqueando el pasillo.

Los tres formaban un curioso grupo: el corpulento señor Apples y aquellos dos orientales diminutos. De no ser porque la puerta estaba destrozada, habría creído que estábamos a punto de asistir a una mascarada.

Entonces hizo su entrada la encarnación misma de la amenaza, una mujer con un largo abrigo verde oliva. Llevaba la melena roja suelta sobre los hombros. Echó a andar tranquilamente hasta el centro de la estancia, con el abrigo abierto que enseñaba dos pistolas con empuñadura de jade. Se encaramó a la mesa, usando una silla a modo de peldaño, anduvo por ella hasta el plato de lord Ramsey y allí se quedó, mientras miraba a los demás desde arriba como si acabara de coronar el Kilimanjaro. Sus botas añadían varias pulgadas a una esta-

tura ya considerable. Por lo visto, nadie se había atrevido a decirle que las mujeres altas provocan confusión.

Incluso yo, que sólo sé lo que leo en los periódicos, la reconocí al instante. Ahí mismo, a cinco o seis yardas de mí, tenía al tiburón del océano Índico, Hannah Mabbot, la Loca, la pelirroja capaz de volver de entre los muertos, ya que diez o doce testigos fiables aseguraban haberla visto perecer acribillada a tiros y ahogada, y sin embargo había continuado asolando las rutas de la Compañía Pendleton, mientras dejaba a su paso una estela de sangre en las aguas.

Lord Ramsey se levantó de un salto y echó a correr hacia la escalera trasera (nunca lo había visto moverse con tanta celeridad), pero uno de los gemelos chinos lo interceptó, y debió de darle un golpe, porque milord se encogió y cayó al suelo, sin aliento. El señor Percy, que había comprendido al fin que debía proteger a sus invitados, intentó valerosamente hacerse con una espada, una reliquia de la familia colgada sobre la repisa de la chimenea, pero el gigantesco señor Apples le aplastó la cara de un puñetazo con la misma facilidad con que un niño aplastaría un pastel.

Se hizo un silencio terrible en la casa, quebrado tan sólo por los gemidos del señor Percy y el taconeo equino de las botas de Mabbot *la Loca* al bajar de la mesa y acercarse a la figura postrada de lord Ramsey. Y entonces, con una expresión de evidente placer en el rostro, Mabbot desenfundó sus pistolas y lo apuntó con ambos cañones.

La posteridad me reprenderá por no haber tratado de protegerlo y hará bien. Pese a mi envergadura, como púgil soy un desastre. De niño sufría el acoso de críos mucho más pequeños que yo. El señor Percy, cuya suerte acababa de presenciar, había luchado contra la caballería de Napoleón. Yo no tenía ninguna esperanza de que me fuera mejor. Me gustaría tener una excusa más decente, pero me limité a quedarme paralizado bajo mi gorro blanco de cocinero.

Mabbot estaba sólo a unos pasos de mí, y la oí dirigirse a lord Ramsey en el tono alegre que utilizaría una lechera para calmar a una vaca.

—No, no te levantes... no podemos quedarnos mucho rato. En cuanto he sabido que estabas en el vecindario, sencillamente no he podido dejar pasar la oportunidad de venir a verte en persona. ¿Sabías que tu astuto corsario usa ahora balas de cañón incendiarias? ¡Qué sorpresa tan especial! Ya imaginarás cómo nos emociona.

Ramsey se aclaró la garganta dos veces antes de hablar y aun así le tembló la voz.

—Mabbot... Hannah, déjame proponerte que...

—Es que el mundo está harto de tus propuestas —lo interrumpió Mabbot—. Señor Apples, ¿a ti te gustaría oír una propuesta de Ramsey?

—Antes me dejaría matar —contestó el gigantón desde el otro extremo de la estancia.

—No has envejecido bien —prosiguió Mabbot, levantando la barbilla de Ramsey con la puntera de la bota—. ¿De verdad te sorprende tanto? ¿Pensabas que me resignaría a que me dieran caza durante el resto de mis días sin encontrar la forma de devolverte el favor? —Se inclinó hacia él y añadió en un susurro—: Pero, entre tú y yo, lo que de verdad me molesta es que vayas detrás del Zorro Corbrizo. No puedo permitir que ganes esa carrera, ¿verdad?

En ese momento, lord Ramsey dijo algo más. No llegué a oírlo. Lo más probable es que musitara una plegaria.

Mabbot se mordió el labio y frunció el entrecejo.

—Dile al diablo que me mantenga el té caliente. Voy a retrasarme un poco.

Y, acto seguido, sin piedad ni necesidad de provocación, disparó a bocajarro sobre el cuerpo indefenso de mi señor.

Una de las pistolas debió de fallar, ya que, mientras Ramsey se retorció, Mabbot examinó el gatillo con irritación. Le dio un golpe al pedernal con la culata de la otra pistola, volvió a apuntar y descerrajó un tiro directamente al corazón del pobre hombre, quien por fin quedó inmóvil.

Mientras escribo esto, mi cuerpo vuelve a estremecerse al recordar aquella acción despiadada, el humo y los fognazos.

Satisfecha, la pelirroja canalla ocupó el asiento de Ramsey a la mesa y pinchó con el tenedor una cereza reluciente que se llevó a la boca mientras sus esbirros arrojaban al suelo a los demás invitados.

El deseo de supervivencia me puso en marcha y, acordándome de una puertecita que había visto utilizar a los criados junto a la despensa, corrí hacia ella. Trastabillando en la penumbra, bajé una serie de peldaños hasta llegar a un túnel subterráneo de ladrillo, por el que avancé a tuestas lo más deprisa que pude, convencido de que me llevaría hasta las dependencias del servicio, detrás de la casa. El túnel se

bifurcaba y tomé el ramal izquierdo hasta llegar a otro tramo de escalera y otra puerta. Me lancé a cruzarla, dispuesto a echar a correr, pero me di cuenta de que me había equivocado de dirección, puesto que me encontré en la biblioteca con la mano del señor Apples en el hombro. Me arrojó como un saco de ropa sucia de vuelta al comedor, donde me obligó a sentarme en el suelo con los demás. Ocupé mi sitio junto al cuerpo de milord y le sostuve la mano, todavía caliente, mientras aquellos desalmados saqueaban la casa.

Confieso que no estaba preparado mentalmente para algo así. Con toda aquella presión me vine abajo, me quedé mirando la puntilla del mantel como un idiota y los recuerdos más antiguos y oscuros acudieron a mí sin orden ni concierto: cuando el padre Keenly nos enseñaba a nadar, a mí y a los demás muchachos, en el gélido lago detrás del orfanato, con la orden de recuperar las monedas que lanzaba al agua; cuando amasé mi primera hogaza de pan y me maravillé ante la magia de verla subir en el horno. La voz del padre Sonora, que creía haber olvidado mucho tiempo atrás, volvió de pronto con tanta claridad como si lo tuviera detrás de mí para decirme una vez más: «Cállate ya, niño, que Dios desprecia a los que sollozan.»

El miedo me abandonó por un momento, reemplazado por la voluntad de reunirme en el cielo con mi esposa, Elizabeth. La vi entonces como la había visto por última vez, con nuestro bebé recién nacido hecho un ovillo sobre su pecho, los dos con expresión serena en el ataúd. Luego mi mirada se posó en el torso desgarrado de lord Ramsey, donde se iba formando, poco a poco, una burbuja escarlata. Soy incapaz de recordar si pasé dos minutos o dos horas mirando fijamente aquella cúpula sangrienta antes de volver en mí.

Los criados se habían congregado ante la chimenea, y el resto seguíamos en el suelo cerca de la mesa, sumidos en distintos estados de angustia. Una criada lloraba desde su sitio y se apartaba palmo a palmo para evitar el charco de sangre que se extendía hacia ella. Era la joven a quien yo había regañado a gritos una hora antes por lavar con vinagre una cacerola con el fondo de cobre. En aquel momento había mantenido la calma, pero ahora tenía la pechera del vestido empapada de lágrimas, y con toda la razón. Cuando reparó en que tenía sangre en el mandil y empezó a chillar, me acerqué a ella, temeroso de que desatara sobre nosotros la ira de los piratas, y comencé a limpiarle la mancha con mi paño de cocina.

—Ya está, ¿lo ves? No es más que un manchón de vino. No tardarán en marcharse, aguanta un poco.

La rodeé con un brazo y traté de calmarla, pero ya era demasiado tarde: el señor Apples venía hacia nosotros con paso decidido.

Cuando lo vi agacharse, lo azoté con el paño de cocina.

—No la toque —susurré—. ¡Ella no le ha hecho nada!

Pero el gigante venía a por mí, no a por la criada. Me puso en pie de un tirón brusco y me sujetó por los brazos mientras Hannah Mabbot me examinaba.

—¿Este hombre tan fogoso es el cocinero?! —vociferó—. ¿Eres tú el responsable de este festín delicioso? A esto se le llama tener más suerte que... ¿Cómo es eso que dices tú, señor Apples?

—Más suerte que cagar con el Papa.

—No, esa otra expresión menos vulgar.

—Que encontrarte un burro que toque la flauta.

—¡Exacto! Una sorpresa y todo un placer, como encontrarte un burro que toque... ¿Cómo es que esas frases sólo tienen sentido cuando las dices tú? Bueno, da igual, coged a ese tipo, nos lo llevamos.

El navío *Flying Rose*

*En el que no me queda otra que aceptar
un nuevo empleo*

Fue así como me encontré con que me ataban con un cordel de cáñamo y me llevaban a empujones hasta un bote oculto en la cala, bajo unos sauces. Mientras el señor Apples remaba, uno de los gemelos me obligaba a permanecer sentado contra la borda lacada de la embarcación. En la proa, Mabbot apoyaba los pies sobre un gran saco de joyas y objetos de plata arrebatados a los huéspedes. Llevaba en la mano un muslo de pato envuelto en una servilleta de damasco y lo mordisqueaba con gesto satisfecho. Iba recostada en la borda, donde saboreaba su éxito.

El agua se veía cristalina bajo nosotros, y los peces la surcaban raudos entre marañas de algas. El bote salió de la cala impulsado por los poderosos brazos del señor Apples y me dije: «Estos peces no saben con cuánta crueldad me han arrancado de mi vida, ni les importa.» La idea de que las sardinas pudieran acudir en mi ayuda me hizo soltar unas risas nerviosas que, también sin querer, terminaron transformándose en gemidos. El señor Apples me miró con una ceja arqueada mientras remaba. Me planteé la posibilidad de dejarme caer al agua por la borda para escapar, pero, atado de manos y pies como estaba, sin duda me habría ahogado. No me quedaba otro remedio que dejarme llevar a golpe de remo a través de las olas, hacia mi triste destino.

Me interrumpo ahora para descansar, ya que el bamboleo del barco ha ido a peor.

• • •

Como no consigo conciliar el sueño, he sacado este diario de debajo de mi saco de serrín para seguir escribiendo a la luz de la hedionda vela de sebo.

El bote rodeó un saliente rocoso escarpado y de pronto nos encontramos a la sombra del *Flying Rose*, el navío de cuatro palos sobre cuya voluptuosa ornamentación han escrito en *The Times* los pocos que lo han visto con sus propios ojos y han vivido para contarlo.

Era un espectáculo morboso y terrible, como un Lucifer caído sobre las aguas, ajeno a los botes de pesca que se movían como mosquitos ante su proa. Yo seguía algo conmocionado, mi cabeza se negaba a funcionar como antes y solté un gemido cuando nos acercamos a la curva carmesí del casco, a los interminables aparejos y las velas que se amontonaban como nubes encima de mí. Desde el viaje que había hecho de joven a Francia no había vuelto a hacerme a la mar, y los barcos no eran para mí más que objetos pintorescos que se movían soñolientos en el horizonte. Pese al temor que me embargaba, me maravillé ante el ingenio humano y los incontables entramados de cabos que se elevaban hacia el cielo. Los hombres que se movían de aquí para allá por la cubierta eran capaces de tocar aquel instrumento gigantesco; sabían qué cuerdas puntear para lograr un cambio sutil de rumbo o velocidad.

En cierta ocasión había visto que un zorro se acercaba a una comida campestre en los jardines de Asford Manor y, pese a la multitud de invitados, había salido corriendo, más o menos inadvertido, con una ristra de salchichas. El descaro tiene sus recompensas. Los centinelas de la Marina Real buscaban al *Flying Rose* en el océano Índico, pero el barco estaba ahí, tranquilamente anclado a menos de una milla de suelo inglés.

Aturdido, empecé a subir obedientemente por una escala de cuerda; al hacerlo, pasé ante capas de percebes, tablas del casco, molduras de pan de oro relucientes y amuras rubicundas. No tenía ni la más remota idea de qué me esperaba, sólo la certeza de que no tardarían en asesinarme. Tan desdichada ocurrencia hizo que me echara a temblar. Me vine abajo por culpa de la tensión y, cuando me conducían a mi celda, me oí musitar: «Vamos, vamos, Wedgwood. No tardarás en despertar... ¡Despierta de una vez, hombre!»

Durante los dos días que pasé encerrado en aquella celda angosta, mis peores temores florecieron en la oscuridad y volví a convertirme en aquel crío que sollozaba toda la noche en silencio. De vez en cuando, para tranquilizarme, abría el relicario que siempre llevo al cuello y olisqueaba su contenido.

Cuando me dejaron salir a pasear por la cubierta, cuyas bordas y coronamientos había convertido en gárgolas una mano diestra y perversa, ya no había tierra a la vista. Nos rodeaba por todas partes un manto de agua maravilloso y reluciente. El aire y la luz me ayudaron a paliar los vómitos. Por las noches me hacen volver a mi celda, y duermo aquí, encerrado, sobre un saco de serrín. Durante el día, el barco entero es mi prisión; me dedico a dar tumbos por la cubierta oscilante, sin hablar con nadie y sin que nadie me dirija la palabra; y evito en la medida de lo posible a los sudorosos hombres que van de aquí para allá con martillos o punzones, cantando a pleno pulmón o soltando obscenidades.

Jamás había visto una colección tan variopinta de personajes. Si no fuera porque estamos en el mar, pensaría que me ha raptado un circo itinerante. Aquí hay hombres de todos los colores y tamaños, y también algunos cuya raza no puedo determinar debido a los tatuajes añiles que les cubren rostros y brazos. Hay otros con anillos en la nariz, con turbantes grandes que podrían ocultar un samovar, con el cabello trenzado con hebras doradas, con alfanjes al cinto. Unos tienen dientes afilados como púas, otros ni siquiera tienen dientes. Muchos de ellos han perdido algún dedo, a uno le faltan las orejas, y no son pocos los que lucen cicatrices tremendas en la cara, el cuello y los antebrazos. Dichas heridas se parecen mucho a las que he visto que deja el aceite hirviendo cuando un pinche torpe se quema con él. El señor Apples, el grumete Joshua, el tonelero y Conrad, el cocinero, lucen marcas de ese tipo. No sé si son fruto de una infección o de un castigo, pero confío en no hallarme presente si vuelve a darse cualquiera de las dos situaciones.

Dejaré constancia aquí de que detesto los barcos. Lo que sé de velas lo aprendí de joven, cuando tuve la necesidad de esconderme bajo un montón de ellas en la bodega de una barcaza aceitunera durante tres días. Nunca he tenido deseos de saber más. Cuando las conversaciones se centran en la navegación, siempre me he encontrado con que había plantas para secar o algún queso para prensar.

Tres días a bordo ya, y aún no he vuelto a ver a la capitana, excepto un atardecer en que vislumbré su silueta recortada contra el sol poniente en la cubierta de popa, por encima de su camarote.

Me alimento de gachas —pura bazofia, en realidad—, a base de copos de avena o algún otro cereal hinchado y sazonado con manteca y cebolla pochada. Hay un verdadero botín de pimienta negra a bordo, pero no sirve de gran cosa por mucho que se despilfarre. Como muy poco. He aprendido a hacer mis necesidades, a la vista de Dios y de todos los demás, a través de un agujero en un tablón suspendido sobre el agua. He aprendido a caminar en línea recta sobre la cubierta oscilante y he llegado a aprenderme los nombres de los cientos de rincones del barco.

Y esta misma mañana, el señor Apples ha abierto la puerta de mi celda y me ha tendido una carta, doblada y lacrada con el emblema del *Flying Rose*. La he abierto, y decía así:

Estimado señor Wedgwood:

Bienvenido al Flying Rose. Confío en que se haya adaptado bien a la vida en el mar. Su suerte podría mejorar en proporción directa a su disposición a colaborar. Estoy deseando probar otros platos suyos. A continuación, le expongo mi propuesta: a partir de ahora, todos los domingos cocinará para mí, y sólo para mí, la cena más exquisita. No podrá repetir un plato ni servirme alimentos que pequen en lo más mínimo de vulgares. A cambio, me ocuparé de que continúe sano y salvo, y es posible que, pasado un tiempo, hablemos sobre una mejora en su alojamiento. Si pone cualquier tipo de impedimento, se encontrará volviendo a casa a nado, entero o en pedazos, según la gravedad de mi decepción.

¿Qué le parece?

A la espera de su respuesta,

Cap. Hannah Mabbot

Por segunda vez desde el comienzo de esta horrible pesadilla, me eché a reír. ¿Qué otra cosa podía hacer? Estaba tan chiflada como aseguraban las leyendas. Cuando oyó mis carcajadas, el señor Apples declaró que iba a enseñarme la cocina del barco.

Como he señalado antes, el señor Apples parece hecho a propósito para el combate cuerpo a cuerpo, y cumple el papel de lugarte-

niente y comandante de Mabbot. Al igual que muchos otros aquí, va descalzo la mayor parte del tiempo. Parece muy sensible a las corrientes de aire, pues siempre lleva gorros de lana y a veces una bufanda que se anuda bien prieta alrededor de la garganta. Del cuello le cuelga asimismo una cadena con unos anteojos de cristales ahumados, tan gruesos y oscuros que dudo mucho que se vea algo a través de ellos. Quizá los haya obtenido como trofeo en algún desierto donde nunca se pone el sol.

Mi sonrisa se esfumó cuando entramos en el cajón sombrío y de paredes húmedas al que llaman cocina. El hogar no consistía más que en un montón de ladrillos, sin la debida ventilación. La angosta tronera cerca del techo no permitía la entrada de aire fresco para disipar el humo. Colgando de una barra de hierro sobre el hogar había un enorme caldero lleno de las espantosas gachas que me habían dado de comer hasta entonces. Un hombre con llagas supurantes en la cara, un tal Conrad, lo removía con desánimo.

Se me escapó la risa otra vez.

—Imposible —declaré—. Dígale que es imposible.

El señor Apples se aclaró la garganta antes de hablar, como solía hacer, y respondió:

—¿Me has tomado por un mono mensajero? Díselo tú mismo.

Hice acopio de valor y eché a andar a buen paso en la dirección que me señalaba, derecho al castillo de popa, bajo el que se hallaba el camarote de la capitana. Por el camino, susurraba para mis adentros: «Compórtate como un hombre, Wedgwood. ¡Como un hombre!» Dejé que mis botas taconearan por la cubierta y llegué ante la portezuela decorada con una piel de tigre. Justo cuando accionaba el picaporte, algo me golpeó en la cara y caí de espaldas al suelo. Cuando recobré el resuello, vi que la capitana Mabbot me miraba, flanqueada por los gemelos, Bai y Feng.

Mabbot podría ser fruto de la imaginación de Shakespeare. Aunque quienes la rodean lleven la barba llena de nudos y se suenen la nariz con la camisa, ella parece pulcramente dispuesta, en todo momento, a recibir a un aristócrata. Las botas, el abrigo largo y el cinturón son de una piel muy fina y crujen cuando se mueve. Lleva un elegante sombrero de ala ancha. En aquel momento, en lugar del abrigo verde oliva, lucía una capa de piel de tigre. Al parecer, necesita ir a la moda, pero aquí, entre estos infieles y salvajes, su gusto se ha

vuelto un poco disparatado. Si uno pudiera ignorar durante un instante su monstruosidad, advertiría que es en efecto tan bella como cuentan. Yo diría que tiene un pequeñísimo porcentaje de sangre mulata. Su cabello es espeso y ondulado. Muy de cerca, como he tenido la desgracia de verla, se advierte que su cara está salpicada de pecas, como si se la hubieran rociado con sangre. Sus labios son carnosos. Tiene los ojos moteados del verde sobrenatural de los fuegos fatuos.

Se estaba riendo.

—Bueno, ¿ha recibido mi carta? ¿Era legible la letra? Hacía algún tiempo que no utilizaba el correo.

Su melena se agitaba al viento como la llama de una antorcha. Me incorporé, me sacudí la ropa y declaré con todo el valor de que fui capaz:

—Está completamente chiflada.

Apenas había acabado de pronunciar tan veraces palabras cuando Feng se abalanzó sobre mí y me dejó doblado en dos como una toalla limpia. Todo pasó tan deprisa que no sabría decir si me golpeó con un pie o con un puño.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Mabbot—. ¿Se ha mareado otra vez? Con el tiempo se le irá pasando.

Desde el suelo, donde me había resignado a quedarme, contesté:

—No pienso seguirle el juego.

Un puñetazo me hizo rodar sobre mí mismo, y un charco de vómito se formó debajo de mi mejilla antes de que comprendiera que era mío.

—Qué malentendido tan terrible, pero estoy segura de que no tiene importancia. Dígame que se encuentra usted bien —dijo Mabbot.

—Es imposible, en ese agujero húmedo al que llaman cocina. No tengo utensilios, ni ingredientes...

Otra patada me hizo callar. Quedé fascinado y extrañamente agradecido por el contacto fresco y rugoso de la cubierta donde apoyaba la frente.

Mabbot se agachó a mi lado.

—Ha habido un malentendido terrible —me susurró al oído—, pero me alegro mucho de que lo hayamos solucionado.

El chino parecía dispuesto a darme otro vapuleo, pero Mabbot lo calmó con unas palabras en su idioma. La hoguera de indignación de

mi interior había quedado reducida a cenizas mojadas. Sólo deseaba que me permitieran arrastrarme de vuelta a mi saco de serrín y tenderme allí hasta que cesara el dolor.

—Los domingos... —gemí.

—¿Sí?

—¿Cocinaré para usted sólo los domingos?

—Soy un ser humano, tengo que alimentarme todos los días; casi siempre como lo mismo que mi tripulación, porque es bueno para la moral. Pero de un líder se esperan ciertas cosas. —La tenía bastante cerca como para sentir su aliento en la mejilla y, bajo el cuero y el sudor, noté el aroma del té y de las lilas—. Las extravagancias ocasionales son muestras de autoridad. Si me limitara a ser un marinero más, no podrían aceptar mis órdenes, su orgullo no lo permitiría. Así que duermo sobre plumas y sedas. Bebo los Barolo y los Médoc más excepcionales. Y ahora, una vez a la semana, disfrutaré de un banquete digno de un emperador. No vaya a pensar que está aquí de vacaciones; si tiene intención de permanecer por encima del nivel del agua, trabajará duro. Entre la tripulación hay varios que han oído hablar de usted. El César de las Salsas... ¿es invención suya ese título? Pasará la semana entera realizando los preparativos necesarios para esas comidas: cocer alimentos a fuego lento, afilar cuchillos... todo lo propio de cocineros.

—No tengo ningún cuchillo...

—Ya, un cuchillo. Me ocuparé de eso. ¿Empezamos la semana que viene, entonces? Así tendrá tiempo de sobra para aclimatarse.

—Necesitaré carne fresca, huevos, mantequilla...

—Sí, sí, ya...

Ya se había aburrido de mí, así que oí el taconeo de sus botas mientras volvía a su camarote. Me incorporé con mucho cuidado y advertí que gran parte de la tripulación había presenciado nuestro encuentro, aunque desde lejos. Mabbot hizo un leve ademán con la mano, y el grumete, un chico de doce años y ojos negros y vivaces, me asió del codo y me ayudó a regresar bajo cubierta mientras estudiaba mi rostro por el camino.

Sin embargo, antes de que pudiera batirme en retirada, el señor Apples exigía otra vez que lo siguiera. Me condujo a una bodega llena de sacos y barriles, alfombrada de lo que esperé que fueran pasas, pero resultaron ser excrementos de rata.

—Las provisiones —anunció.

Del bolsillo le colgaban hebras de lana.

—Señor Apples —dije—, necesito ciertas cosas: papel para tomar notas, unos fogones y un horno como es debido...

—De eso se ocupa Conrad.

—Verá, lo que me ha pedido la capitana no tiene nada que ver con lo que hace Conrad. —Noté que me salía sangre del labio partido y me la enjuagué con la mano—. Ya ha probado lo que cocina Conrad. Sabe a... bueno...

—A pedo hervido en un zapato —sugirió.

—Pues sí, exactamente. Es usted todo un poeta.

El señor Apples jugueteó de forma distraída con la lana.

—Le buscaré un poco de papel.

Así es como conseguí empezar a escribir estas páginas. Hoy es miércoles, si no me equivoco, y tengo tantas ganas de que pase la semana como de asomarme a las fauces de un oso. No sé cómo voy a apañármelas, pero supongo que debo intentarlo. Me aseguran que sólo mantendré la cabeza sobre los hombros si no aburro a esa desalmada. Cocinaré para ella hasta que logre dar con una forma de liberarme. Mi primera tarea consistirá en llevar a cabo un minucioso inventario de la despensa. Lo haré en cuanto remita un poco el dolor y pueda levantarme.

El grumete, Joshua, aparece de vez en cuando para rellenarme la jarra de «ponche», una mezcla asquerosa de vino, té, jugo de lima, clavo molido y agua. Su nombre viene de la palabra *pāč*, que en hindi significa «cinco», el número de sus ingredientes, y el ponche cumple aquí el mismo papel que el agua clara en tierra. En el transcurso de mi vida he tenido ocasión de ingerir los jugos y licores más estrafalarios, pero jamás me había llevado a los labios un mejunje tan traicionero. En este barco es imposible ser totalmente abstemio, pero estoy seguro de que el cielo me perdonará, teniendo en cuenta que no me gusta el alcohol y que, en cualquier caso, no tengo elección.

Quizá porque no le tengo miedo, he llegado a desear que Joshua se quedara conmigo. Deduzco que es tímido hasta un extremo enfermizo o mudo. Salvo por las quemaduras que tiene en el cuello, parece sano, y siempre sirve a sus superiores con una sonrisa. También es el encargado de los candiles, y deja un rastro de hollín grasiento en todo lo que toca. Si han visto a un gato erizarse cuan-

do lo arrincona un perro, podrán imaginar cómo tiene el pelo este muchacho. Aun así, es la presencia más tranquilizadora a bordo de este barco.



En las raras ocasiones en las que estos bárbaros izan un cubo de agua de mar para lavarse, utilizan una pasta que contiene más ceniza que jabón. No tienen excusa para ello, pues disponen de los ingredientes necesarios, de manera que estos últimos días he acometido la tarea de producir lejía y jabón como es debido. Cuando era un aprendiz, mi maestro jesuita me pegaba con un cucharón si me atrevía a cocinar sin haberme lavado las manos, así que ahora ni se me ocurre hacerlo sin tenerlas limpias. Separé lo mejor que pude las cenizas blancas del fuego de la cocina de Conrad, y las envolví en varias capas de arpillerá. Luego fui vertiendo agua gota a gota sobre ese hatillo hasta que conseguí acumular en el cazo que había debajo varias tazas de una lejía turbia. Por supuesto, este método del goteo a mano sólo puede hacerse si uno está preso en un barco pirata y tiene todo el tiempo del mundo, aunque el vaivén del navío convierte la tarea en un ejercicio de concentración. Estuve a punto de quemarme al añadir manteca a la lejía. Luego perfumé la mezcla con un poco de miel de la bodega de las provisiones. El jabón resultante tiene poco cuerpo y hay que guardarlo en una botella, pero no tiene grumos y produce una espuma considerable. En la intimidad de mi celda, me he aficionado a frotarme hasta dejarme la piel casi en carne viva. Tengo la sensación de que así recupero un ápice de cordura.

He tratado de lubricar el cerrojo de mi celda con el jabón, pero el resquicio entre la puerta y el marco es demasiado estrecho para mis dedos gruesos. Por el momento, me veo obligado a esperar al señor Apples, quien me permite vagar libre durante el día y me encierra a la puesta de sol.

¿Por qué sigue tan inquieto el espíritu de mi difunta esposa después de tantos años? No existe un infierno menos digno de Elizabeth que este barco, y sin embargo, entre los bramidos y siseos del mar a

menudo la oigo pronunciar mi nombre. Algunas veces, por un breve instante, me parece adivinar su perfume de azahar entre los hedores fétidos y asquerosos.

Mi queridísima Elizabeth, si estás velando por mí en estos momentos, te ruego que te vayas y busques reposo. Acabará por encontrar el camino que me lleve a ti, pero no permitiré que presencias mi sangrienta travesía. Elizabeth, mi perita en dulce —beso la página—, vete ya.

Sábado 21 de agosto

¡He recibido un mensaje de otro prisionero! Al menos imagino que es de un prisionero, aunque también podría ser de un amotinado o de cualquiera con esa clase de comportamiento. Lo único que dice es:

NO ESTÁS SOLO.

Esta noche, al volver a mi celda, me he encontrado con que habían deslizado la nota por debajo de la puerta.

No sé de dónde ha salido o en qué puede derivar, pero no puedo dejar de leerla una y otra vez como si fuera el mensaje de una amante.

La he ocultado, junto con todas estas entradas de diario, entre un montón cada vez más abultado de listas culinarias improvisadas, recetas, oraciones y otras notas garabateadas. Confío en que baste para engañar a cualquiera que eche un vistazo.